

La generación

EN vísperas de 1955 y recapitulando el año transcurrido, un crítico uruguayo rasgó sus vestiduras. "1954 —escribió— puede significar la culminación de un proceso de destrucción permanente de todo vínculo entre el escritor y su escaso público: puede significar también otra cosa más grave: el comienzo de una noche polar para nuestras letras".

¿Qué motivó esta profecía? Los argumentos del artículo (MARCHA, XVI, 747, 31/XII/1954) no parecen demasiado dramáticos, vistos desde la actual negra perspectiva: algunos escritores, Mario Arregui, Idea Vilariño, Mario Benedetti, no pudieron publicar libro, o sea, en el régimen de edición de autor de la época, no pudieron disponer del dinero suficiente para pagar sus obras; las revistas literarias del período ralearon sus entregas, de modo que *Asir* sólo editó tres números en vez de los habituales ocho, y *Número dos* en vez de cuatro, todos fechados en 1953; el gobierno batllista de la época distribuía sus prebendas entre algunos escritores oficialistas y no adoptaba medidas para facilitar el circuito productor —consumidor (o sea que no subsidiaba una aún inexistente industria editorial).

"No es creíble —todavía agregaba— que en los próximos años mejoren las condiciones de trabajo del escritor uruguayo: incluso es fácil la predicción de que esas condiciones van a empeorar y de que la presión estatal se hará sentir cada día más fuerte y monopolizadora", con lo cual volvía a cargar sobre las espaldas del gobierno batllista las desventuras del escritor de entonces (el gobierno blanco se encargaría de superar la marca), con lo cual revelaba no comprender las verdaderas causas del deterioro que registraba en la vida cultural del país, y que no eran sino manifestación de las progresivas dificultades de su infraestructura económica.

Lo que comenzó a percibirse a mediados de la década del cincuenta, fue la gran crisis económica que acarrió las primeras modificaciones notables en la vida de la sociedad uruguaya. Por 1955 se resquebrajan las bases firmes y tranquilas sobre las cuales venía viviendo el ciudadano medio. Es tal su sorpresa y aun su pánico que actuará con vehemente reacción inmediata que más adelante, ante situaciones mucho más graves, no volverá a tener, adaptándose aunque con dificultades a las exigencias del creciente deterioro en que vivirá. Hace diez años sin embargo, la primera manifestación notoria de la crisis soterrada en que se adentraba el país, o sea el cierre del mercado de cambios en 1957, y el primer salto violento de la inflación que lo produjo, llevó a la ciudadanía a una gran resolución: al año siguiente, en las elecciones del 58, abandonó al partido que venía sosteniendo desde hacía decenios. Contribuyó así a intensificar la movilidad social que generaba la crisis económica, adaptándose a la conciencia de cambio y de inestabilidad en que en adelante habría de vivir el país.

Se iniciaba entonces, por causas en primer término internacionales, como han demostrado los informes de Prebisch en CEPAL, y en segundo término nacionales, por cuanto, tomados de sorpresa, carecieron los responsables de entonces de capacidad para enfrentar los problemas con las medidas rápidas, originales, drásticas, se iniciaba entonces la que habría de ser la mayor crisis de la historia del país independiente. Diez años después sabemos que aún continúa el descenso, que aún quedan años-peldaños que recorrer para tocar

el fondo y que, sean cuales fueren las soluciones que se consiga imponer para combatirla, ellas insupearán tantos o más años que los que hemos recorrido hasta aquí. En otros términos, que aun si el país asumiera para enfrentar la crisis las duras e higiénicas soluciones de tipo socialista, o, para ser menos confiados, pero de cualquier manera optimistas, si adoptara las soluciones de tipo reformista que le propone la CIDE, no le llevaría menos de veinte años transformar las condiciones de vida actuales de la sociedad uruguaya.

Por lo tanto no parece exagerado definir como "la generación de la crisis" a la promoción intelectual que en el Uruguay emerge hacia 1955, o sea el conjunto de jóvenes que por ese entonces ingresan al mercado del trabajo y a la vida intelectual, y cuyos nombres comienzan a verse en los periódicos, en pequeños libros de edición privada, en movimientos y en revistas, al pie de los manifiestos, figurando con menciones y hasta con algunos premios en los concursos literarios o artísticos. Unos treinta escritores, que son hoy de las figuras más vistas de la nueva promoción, aparecen por ese entonces, y en la situación promedio tienen entonces unos veinticinco años. O sea que han nacido en 1930 o en los años colindantes.

Mientras que para sus mayores, los escritores de la generación del 40, la crisis será una experiencia, dura sin duda, pero que les sobreviene cuando ya están formados, y a la que enfrentan con concepciones ya orgánicas, para los nuevos la crisis será el obligado "background" de toda la existencia. Será el leit motiv que rijan, aun cuando no lo comprendan e incluso lo nieguen, las diversas actitudes que han de ir adoptando. Directa o indirectamente, son hijos de la crisis: ella establece las modalidades del campo social dentro del cual operan y por lo mismo los conforma, ella los somete una y otra vez a sus desafíos y, desde luego, a sus estrecheces. Al entrar a la acción social, los integrantes de esta generación encuentran simultáneamente la lección (obligadamente verbal) de sus mayores, más exactamente de aquellos de sus mayores que reconocen como válidos y que mayoritariamente son los miembros de la mal llamada generación del 45, y encuentran también una experiencia real (por lo mismo concreta y personal) en las diversas etapas de la crisis económica, que muy pronto adoptará el rostro político, y luego el rostro social, y el institucional, y el cultural. La infraestructura económica va evidenciándose en las diversas capas que articulan la superestructura de la sociedad en forma lenta y gradual; de ahí que su intervención en la esfera cultural pueda demorar en algunos casos.

Estas dos lecciones —la de los mayores y la de la realidad— podrán armonizarse fructuosamente o podrán entrar en pugna. Es falsa, como lo prueban varios casos históricos, que la pugna generacional se produzca siempre y en forma total. Depende de los sucesos socio-económicos que acompañan el tránsito generacional. En caso de crisis honda, como la que apuntamos, la ruptura es habitualmente pro-

de la crisis

funda; se diría que se agrieta el camino por donde avanza la sociedad y que los mayores —o muchos de ellos— se quedan atrás de las bendiciones, incapacitados de avanzar, de comprender, de responder originalmente, a los nuevos y cada vez más rápidos planteos. Uno de los signos propios de estos períodos de crisis es la velocidad del cambio, por lo mismo la audacia juvenil que convoca, y, sobre todo, el reclamo de aguda percepción para detectar lo real y las leyes intrínsecas de su dinámica. Es por eso que en crisis como estas son puestas a prueba las ideologías imperantes.

Por eso, de ambas lecciones, ha de ser la de la experiencia de la crisis la que regirá la conducta de estos intelectuales; a ella será sometida la enseñanza que reciban de los mayores, y elegirán, de las diversas proposiciones que se le formulen, las que mejor se adecúen al cambiante —también dramático— universo en que viven.

¿Cómo han visto formarse esa crisis y qué consecuencias inmediatas tiene sobre ellos? Nada mejor que consultar la diagnosis de un brillante ejemplo de esa misma generación cultural: Enrique Iglesias. No sólo por su aportación personal, sino también por ser cabeza visible del equipo juvenil —CIDE— que ha dado la segunda respuesta a la crisis, conocida en estos diez años transcurridos. En el Estudio económico del Uruguay, evoluciones y perspectivas (Montevideo, 1963) comienza por señalar su fecha de emergencia: "Los bienes y servicios disponibles de la comunidad no sólo se han estancado desde 1955 sino que han decrecido" (p. 16) "Los bienes y servicios disponibles surgen de adicionar a la producción de la economía en un año determinado —es decir a su producto bruto interno— el volumen de importaciones y deducir el volumen de exportaciones. Puesto que, en el largo plazo, ningún país de las características y del nivel del Uruguay podría operar sobre la base de un excedente permanente de importaciones sobre exportaciones, el insuficiente flujo de bienes y servicios, surge de la detención en el ritmo de crecimiento del producto bruto interno, o sea, de la producción de la economía en su conjunto. Desde 1935 hasta 1961 el producto bruto interno creció a un ritmo del 2,5% anual acumulativo. Pero hasta 1955 la tasa de crecimiento fue del 3,1% y desde allí hasta 1961 de sólo el 0,6%. Si este proceso se mide en términos de producto por habitante y no de producto total, el ritmo se hace negativo últimamente" (p. 17) "El proceso de estancamiento surge evidente en la última década cualquiera sea la base que se tome como punto de referencia y, señaladamente, a partir de 1955 la producción de la economía por habitante ha decrecido a una tasa del 0,6% anual acumulativo". (p. 18).

Esta situación grave, la retrogradación de la producción que ha hecho del Uruguay, junto con la Argentina, los dos únicos países americanos donde ha disminuido el producto nacional, tiene consecuencias que el informe de Iglesias analiza, y de las que retenemos las que inciden en forma directa sobre la generación intelectual que estudiamos: 1° las elevaciones de precios y las alzas inflacionarias, que así describe: "Todo el proceso de desarrollo que ha sido posible menear en el país a partir del año 1935, pasa por dos etapas significativas en materia de precios. Hasta alrededor de 1955 el crecimiento de los precios se venía realizando a una tasa anual promedio de crecimiento del orden del 5,4%. Desde allí en adelante el incremento ha sido del 16,4% anual acumulativo". 2° la restricción de nue-

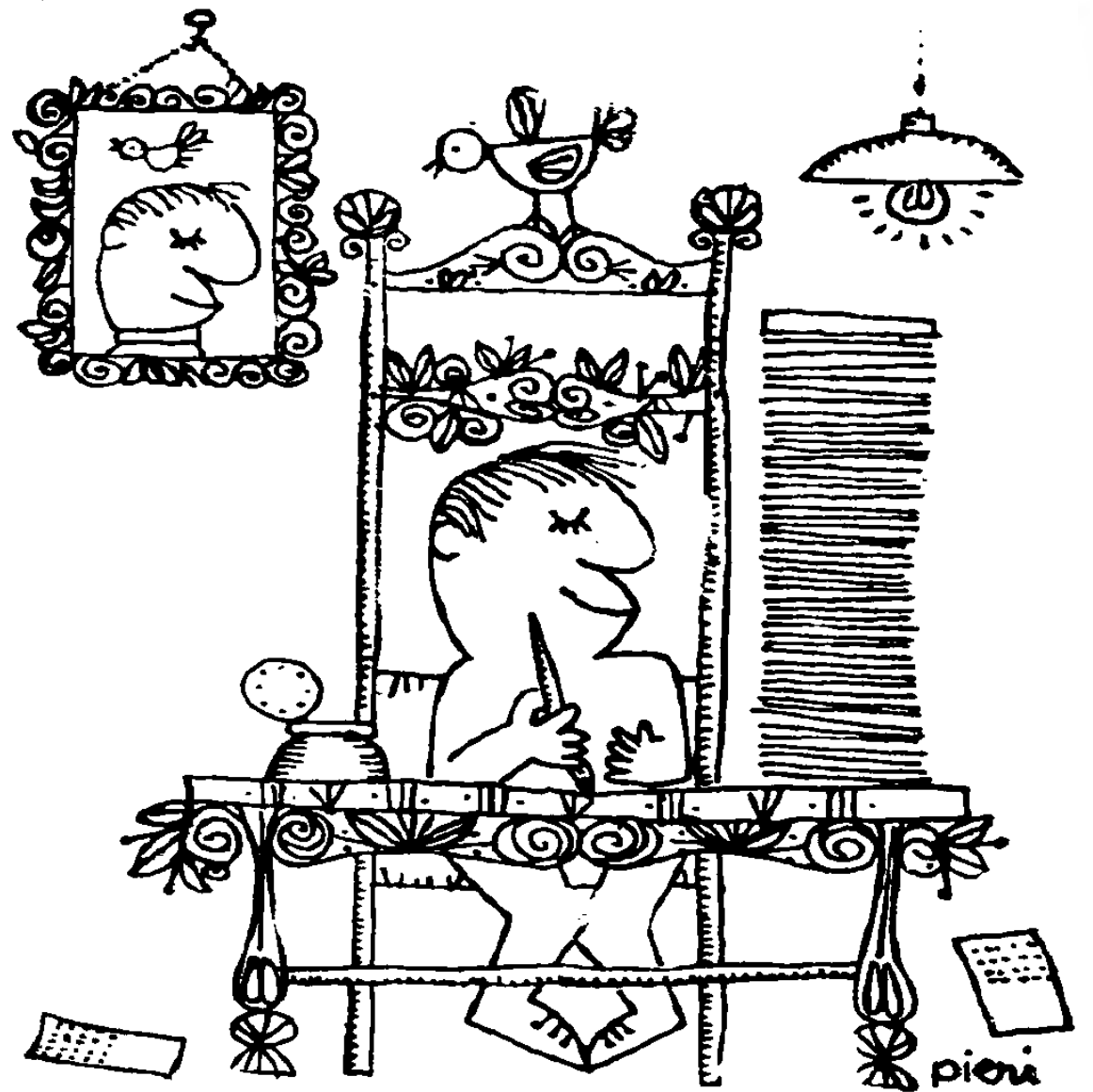
vas oportunidades de ocupación para la nueva población en edad de trabajo, quedó al comienzo diferida ya que "cuando las oportunidades ocupacionales en el sector privado se debilitaron, el sector público amplió su recepción"; pero en 1963, este diagnóstico, apuntaba que las posibilidades receptoras del estado podían considerarse como agotadas. En tercer término habría que hacer referencia a otro aspecto, apenas si apuntado por el Estudio económico (1963) y que se agravó en los años posteriores: la nueva redistribución del ingreso nacional favoreciendo a pequeños grupos o las clases altas en desmedro de la anterior concepción más democrática que había dado la peculiar configuración del país.

Desde luego, diagnosis similares ya habían hecho en el país los mayores. Lo peculiar de la aportación mencionada radica, aparte del rigor de una documentación no conocida antes, en la concepción de que las deficiencias registradas no imponen la transformación radical del sistema sino una prudente "puesta al día". Esta opinión del sector desarrollista, habría contaminado a otros sectores de la izquierda, aunque tanto socialistas como comunistas —estos a través de un documentado ciclo de estudios— han asumido posición oficial contraria a la que llaman ideología económica del neocapitalismo. Lo que estaría ya ganado, en una y otra zona, sería una consideración más ceñida y más científica, de la realidad nacional, sin que eso haya producido una modificación política sustancial como veremos en el capítulo referido a las ideologías.

La crisis económica tiene origen nacional e internacional. El mencionado informe proporciona una indirecta y parcial explicación de la caída del gobierno de Luis Batlle en 1958, cuando señala que "como consecuencia del efecto conjunto de precios de importación y tipo de cambio, el sector externo introdujo en el país, desde 1955 hasta 1961, un alza de precios mínima de 70%. Esto, por sí solo explica un 27% de la suba total que los precios internos tuvieron entre esos años". Si esa influencia económica externa resultaba poco visible para los jóvenes de 1955 —a pesar de los reiterados llamados de alerta que se hacían en dos publicaciones tan dispares como Acción y MARCHA— en cambio especial influencia tenían los sucesos políticos internacionales que establecen el clima de esos años.

En política internacional ésta es la generación de la paz armada, nueva solución a la convivencia de los bloques que sustituye las formas de la guerra fría que habían regido durante el decenio posterior a la guerra mundial (1945-55), y que se expresará con la fórmula exitosa que inventan los soviéticos: la "convivencia pacífica". En 1953 muere Stalin, y en 1955 se celebra el XX Congreso del partido comunista soviético donde Jruschov procede a sus famosas revelaciones sobre los efectos literalmente mortales del culto a la personalidad. A pesar de que al año siguiente es militarmente reprimida la insurrección húngara, hemos ingresado a un nuevo período de la historia contemporánea: la guerra parece alejarse aunque no pueda decirse que se ha instaurado la paz.

Ese ersatz de paz tiene consecuencias funestas sobre nuestro país. Así lo ve Quijano en los editoriales en que apunta los inquietantes efectos del deshielo mundial (fin del maccarthismo, neutralización de Austria, visita a Tito). "Nuestra América sufre cuando los otros están en paz" dice en uno, y en otro: "La paz que lleva consigo el equilibrio está destinada a mos-



dibujo de PIERO

trar en toda su desnudez nuestro trágico desequilibrio". Efectivamente, la paz armada es la consolidación del statu quo, y por lo tanto la entrega de esta zona del planeta a la hegemonía de los Estados Unidos. En 1954 se consuma el crimen guatemalteco: despertar político latinoamericano de los miembros de la generación de la crisis. Es para ellos el primer ejemplo de la desmbozada intervención norteamericana en los asuntos de "nuestra América", ya que no pudieron conocer los anteriores al New Deal rooseveltiano, y el largo período de asociación provocado por la guerra mundial no había sido quebrado durante la guerra fría.

La invasión de Castillo Armas preparada por la CIA —como lo revelaron posteriormente los diarios norteamericanos— y la deposición del régimen progresista, nacionalista, de Arbenz, son la toma de conciencia latinoamericana para muchos de los integrantes de esta joven generación, lo que explicará su comportamiento en 1959 respecto a Fidel Castro. Así, los que participan en el movimiento de la revista Nexa, lo confiesan por boca de uno de los mayores —Ares Pons— que orienta la tarea de análisis intelectual y político que se proponen. "Esta misma revista que hace hoy su primera aparición, debe al crimen perpetrado en Guatemala el impulso emocional que la hizo posible".

Después es el derrocamiento de Perón, ardientemente deseado tanto por los mayores como por las figuras de la generación de la crisis, pero que, no bien producido, y ante los pasos que dan los jefes

de la Libertadora proclamando que ha concluido el decenio del "mal gusto", impone una inmediata revisión de todo lo ocurrido y una reconsideración del fenómeno peronista. Si la experiencia populista de Perón parecía todavía muy espúrea, mucho más lo era, desde el día siguiente a la llamada "libertadora", la conducta de las clases oligárquicas argentinas. La lección que pudieron desprender los más jóvenes de los sucesos argentinos, tuvo que ver con el comportamiento de las masas en los procesos de transformación social, con la fuerza de los nacionalismos, pero también con la necesidad urgente de una preparación intelectual, ideológica, más coherente, para entender (y sobre todo para actuar) en la realidad latinoamericana.

El juego de estas coordenadas básicas trama el fondo económico y político para la emergencia de una nueva generación cultural, cuyos valores comienzan a perfilarse por 1955. Como ninguna generación da una sola respuesta a la realidad, permaneciendo fija en ella al pasar de los años-sucesos, sino que deriva sobre el magma de los acontecimientos y su permanente lección viva, tampoco ésta quedará inmovilizada sobre la respuesta a aquella fecha. Los diez años transcurridos ya permiten medir más de una respuesta, y, claro está, más de un fracaso. Es una buena enseñanza reconsiderar estos comienzos tan próximos para medir la velocidad con que se producen las transformaciones en un país del que siempre hemos dicho era paradigma del inmovilismo.

(En el próximo número: El año 1955, personas e ideología).